



Tristán Ulloa, el lunes en Madrid. / SANTI BURGOS

EL REVÉS Y EL DERECHO

TRISTÁN ULLOA Actor

“Me metí en esto por terapia”

JUAN CRUZ, Madrid
El actor de *Lucía y el sexo* (de Medem), de *Abre los ojos* (de Amenábar) o de *El lápiz del carpintero* (de Reixa) pisa la alfombra y parece que el sonido replica su sosiego. Tristán Ulloa podría pedir el café por señas; es tan silencioso que la suya parece la voz en *off* de Tristán Ulloa. Nacido en Orleans (Francia), a sus 51 años no se ha desprendido del aire que lo mantiene como el adolescente que aún discute consigo mismo. Ensayo para el teatro *True West* (Sam Shepard, adaptada por Eduardo Mendoza), donde es hermano de Pablo Derqui, dirigidos por Montse Tixé. Son dos hermanos que discuten. Se estrenará en el Niemyer de Avilés el 11 de diciembre y

estará de gira al menos hasta que en el otoño de 2022 llegue al Matadero de Madrid.

Pregunta. Usted tiene cara de hermano...

Respuesta. ¿De hermano mayor? ¿De hermano pequeño? Tengo solo un hermano, David, y soy cinco años mayor. Nos comportamos como si él fuera el mayor. Soy muy lobo solitario, pero cada vez disfruto más del trabajo con buenos compañeros y con la buena compañía.

P. ¿En qué está?

R. Termino el rodaje de una serie americana, *La monja guerrera*. Y comienzo los ensayos de *True West*. Pablo Dirque y yo somos amigos, urdimos el proyecto y le propusimos a Montse Tixé que la dirigiera. Esta será

su primera dirección. “¿A qué no te atreves a dirigirnos?”, le dijimos. Casi me arrugo luego, porque es un texto muy complicado. La historia de dos hermanos que se pasan la vida discutiendo. Uno es guionista que vive en Los Ángeles y el otro, que soy yo, es un bala perdida que vive en el desierto. Un decorado y estos dos diciéndose de todo. Una comedia muy ácida, y al tiempo es un drama.

P. ¿Se ha visto en esa tesitura, discutir con otro o con usted mismo de esa manera?

R. Cada vez más. Con los años, uno no quiere tener tantas cosas que guardarse y tiene más necesidad de expresar lo que siente. A veces es doloroso; te produce luego tanta cercanía con aquel con el que has discutido. Cada vez me cuesta más callarme ante una persona que me importa.

P. ¿Cómo ha afectado a su manera de actuar su manera de ser?

R. Me metí en esto por terapia. Tenía un problema de abrirme a la gente. Aún hoy me atrevo a hacer cosas en la escena que no haría en la vida común. He aprendido más de como soy trabajando que siendo como soy.

P. Trabaja muchísimo...

R. Va por épocas. Durante la pandemia se me cayeron tres o cuatro proyectos. Estamos hechos a la incertidumbre en este oficio. Sin hijos, sin otras responsabilidades, lo puedes soportar. Pero cuando veo las orejas al lobo me pregunto qué voy a hacer con dos niños en casa y con 2.000 euros en la cuenta. Al final pides prestado y sales.

P. ¿Cuáles han sido las peores orejas del lobo?

R. Las que se refieren a la salud. El covid, que me atacó al principio, en marzo de 2020. No fui muy consciente de lo mal que estaba. Carolina, mi mujer, se dio cuenta y me mandó en un taxi al hospital. Había perdido 11 kilos en 10 días. Ella llamó a un amigo, Jesús Garrido, médico en urgencias del Infanta Leonor. Era una raspa; se me veían las

costillas. Una neumonía bilateral. Había gente en los pasillos, tirada por los suelos, yo estaba tiritando en una silla...

P. Era la realidad.

R. Eso de que la realidad supera a la ficción... Parecía que estaba en un set de rodaje, la figuración muy bien puesta, esperando que alguien dijera: “Corten. Ha valido”.

P. Parece tan sosegado... ¿Cuándo fue la última vez que gritó?

R. Hace un par de horas. Grito mucho, gracias a mi trabajo. En la vida, alguna vez con mis hijos, “¡Coño, parad, la hostia!” En el escenario puedes hacer cualquier cosa. Es fantástico. Uno libera mucha endorfina.

“Con los años uno no quiere tener tantas cosas que guardarse”

“En escena puedes hacer cualquier cosa. Libera mucha endorfina”

FERNANDO SAVATER

Tragos

Fui con cierta prevención a ver *Otra ronda* del danés Thomas Vinterberg pero admito que, sin ser nada del otro mundo (había ganado un Oscar, lo que suele resultar como las estrellas de los restaurantes: una señal de peligro), tiene su lado bueno. Se presenta como una comedia pero escandinava, o sea que en lo cómico se parece más a Esquilo que a Billy Wilder. Pero es de agradecer que en estos tiempos inquisitoriales y puritanos lanza sobre el alcohol una mirada bastante desprejuiciada, aunque no llegue a ser favorable como la de Lawrence Osborne en su divertido *Beber o no beber* (Gatopardo Ediciones). Los cuatro profesores protagonistas, encabezados por Mads Mikkelsen (con pinta de borracho antes de la primera copa), padecen en diversos grados la crisis masculina de la mediana edad y recurren a la bebida como remedio, siguiendo una teoría dudosamente científica. Para ser daneses, los cuatro están poco familiarizados con la bebida, a diferencia de sus alumnos que parecen llevarlo mejor. Su gradual y desmañada entrega al alcohol no resuelve ninguno de sus problemas, claro, pero unos se “sueltan” y viven menos agrotados mientras otros aceleran su destrucción. Beber nos revela lo que somos, a nosotros mismos y frecuentemente, ay, a los demás.

La cinta ironiza con las descripciones sofisticadas del gusto, retrogusto y paladeo de cada trago. Mera hipocresía o autoengaño, porque tengan un sabor u otro las bebidas alcohólicas se toman siempre por sus efectos. Si no, basta el agua fresca cuando hay sed. La influencia ética puede ser inspiradora: Lichtenberg dice que nunca sabremos cuántos versos geniales de Shakespeare se deben a una copa de vino. Y W. C. Fields lamenta: “¡Una mujer me empujó a la bebida! Y fui tan miserable que ni siquiera le di las gracias...”.



Asterix

tras las huellas del Giffo

¡UN ÁLBUM QUE NO TE DEJARA FRÍO!

SALVAT

NUEVO ÁLBUM YA A LA VENTA